

La Capilla sIXtina

INTELECTUALES Y POLITICOS

ANDAN los políticos por estos mundos como prima donnas. Han asumido el papel de protagonistas bajo el sol del tránsito, después de tantos años de moverse entre relentes de poscena, en penumbras de catacumbas o en las descaradas honduras de los calabozos. Durante muchos años el intelectual cumplió entre nosotros un papel político testimonial sustitutivo de la política con todas sus consecuencias. Se había convertido en un sacerdote guardián interino del fuego de la crítica, poseedor de la magia de la palabra o la imagen indirecta capaz de predicar el cambio sin que el poder se enterase o irritase. Cuando los políticos han pasado a asumir su papel de albaceas y programadores de la Historia, los intelectuales se han descubierto un poco en el desaire, es decir, flotantes y sin aire ni por arriba y por abajo.

Por una parte les sustituyen los políticos. Por otra son cuestionados por los productores culturales que repudian el sacerdocio del intelectual situado por encima del bien y el mal de las formulaciones colectivas. Es lógico que el intelectual-sacerdote sea progresivamente arrinconado a medida que se descubre la obsolescencia de los latines y el román paladino iguala, dentro de lo que cabe, la posibilidad de que cada quisque oficie en los altares de la teoría. Pero mientras la división del trabajo sea un hecho, bueno sería mantener la función de los críticos de la realidad, consintiéndoles un estatuto que les salve del recelo de los políticos. El político tiende a convertir al intelectual en un ideólogo y al artista en un propagandista: ideólogo de las verdades coyunturalmente necesarias, propagandista de esas mismas verdades necesarias. Pocos políticos vertían más allá de sus narices a corto plazo si no fueran provocados por la crítica intelectual. Los políticos cazurros suelen resolverse atrados ante las provocaciones, en cambio los inteligentes saben situarse a una distancia prudencial de las innovaciones, las examinan con prudencia, pero sin ira, las incorporan con el dñimo a medio camino entre lo que saben y lo que intuyen no saber. Pocos políticos escapan a la trampa hegeliana de suponer que la dialéctica no les sobrevive y el odio al intelectual procede de la sospecha de que está en posesión de verdades que anulan las que ellos han asumido.

El intelectual no es un sacerdote, pero tampoco ha de pedir perdón por haber nacido. Lo suyo es sospechar de la evidencia y crear incomodidades a las conciencias estables y establecidas. El urbanista pone nervioso al político aspirante a concejal. El teórico poner nervioso al profesional político que ya ha asimilado quinientas palabras terminadas en ad (libertad, etc., etc., etc.). El político más eficaz puede ser un perfecto imbécil. El intelectual más agudo puede ser también un perfecto imbécil. Y la suprema imbecilidad que pueden cometer es ignorar la complementariedad que les une. Cuando el político soluciona el problema planteado ayer, el intelectual detecta el problema de mañana. Sería inútil disparar contra el intelectual: no inventa problemas ni los crea, sólo los detecta. Sería inútil que como tal intelectual tratara de resolverlos nada más detectarlos: suele carecer de la tecnología precisa.

Pero sería horrible que en nuestra convivencia del futuro las alarmantes distancias intelectuales que se detectan en nuestras praxis políticas se convirtieran en norma. Sólo el puntillo del político de no perder rueda con respecto a los investigadores de la realidad puede impedir que se convierta en un rentista de la verdad. ■

SIXTO CAMARA

Revolución en China

ta ahora, los signos son débiles. Es lógico. Se trata en primer lugar de asentar el nuevo poder, de eliminar los residuos —los personajes— de la etapa anterior. Lo demás irá viniendo. Pero no se sabe bien qué es lo demás. Al acusar a "los cuatro" de "entregarse al culto de todo lo que es extranjero, estar en inteligencia con el extranjero y practicar el capitalismo y la traición nacional", como dijeron los oradores del gran mitin de Pekín, parece que la política exterior estaba en sus manos y que habrá que cambiarla. Dicho con los términos suyos, regresar al verdadero pensamiento de Mao, que sin duda era el que Mao no estaba realizando. Los "cuatro" se habrían opuesto "a la línea revolucionaria del Presidente Mao en una serie de problemas interiores e internacionales" ("Diario del Pueblo"). Es imposible ya en este momento saber lo que pensaba Mao o lo que hacían sus carceleros en esa serie de problemas internacionales. Se sabe, a grandes rasgos, lo que estaba siendo la política internacional de China: estaba dominada por la enemistad con la URSS, suponiendo continuamente que la URSS había pretendido la hegemonía del pensamiento marxista, pero que se había equivocado, y que con esa hegemonía pretendía realmente la apropiación de territorios chinos, siguiendo reivindicaciones territoriales que procedían de la época de los Zares y de los Emperadores. La URSS, en su política de coexistencia pacífica, habría abandonado el revolucionarismo mundial y se habría aliado con los Estados Unidos para repartirse el mundo. Durante un tiempo, China representó el papel que abandonaba la URSS, y corrió en auxilio de las revoluciones mundiales, pero más tarde habría reconvertido esa política teórica en otra de carácter práctico: para deshacer la alianza de sus enemigos, y siendo el primero de ellos la URSS, convenía abrirse hacia los Estados Unidos. Fruto de lo cual fueron los viajes de Kissinger y Nixon, la entrada en las Naciones Unidas y la serie de reconocimientos de los países occidentales. Primando en todo el problema esencial con la URSS, China iba a actuar en el mundo muchas veces como contraria a la influencia soviética, lo cual en esas mismas ocasiones la convertiría en aliada objetiva de fuerzas de derecha y de los mismos Estados Unidos. Pero sin abandonar su teoría revolucionarista y su amparo a los pueblos oprimidos. Todo ello producía una serie de contradicciones ideológicas que podían desesperar, y de hecho desesperaban, a los teóricos del mundo entero. En la práctica, afianzaban el papel de

China en la escena mundial, aun fuera de toda consideración ética. ¿Eran estas contradicciones fruto del pensamiento dialéctico de Mao, de su propia fe en las contradicciones de las que está compuesta la vida? ¿O eran ya fruto del desviacionismo izquierdista (que en la práctica, y con medidas normales de europeo o de tercermundista, podían resultar derechistas) de lo que ahora se llama "la banda de los cuatro"?

Es imposible saberlo. Es decir, es imposible saber en qué forma se va a rectificar lo realizado hasta ahora. No parece posible que los nuevos dirigentes de China vayan a renunciar a las ventajas que les ha conseguido el apaciguamiento con el mundo occidental, pero sí parece posible que, sin perderlas, jugando con nuevos equilibrios de los que son muy capaces, tiendan a la liquidación del contencioso con la Unión Soviética.

Uno de los signos que parecen encontrarse es el de que en todos estos textos de la gran prensa inspirada directamente por el partido no aparecen las usuales condenas a la Unión Soviética. El alcalde de Pekín, en su discurso ante el pueblo de la ciudad, ha explicado que "los cuatro" tenían una política internacional que "intentaba rechazar el principio del internacionalismo proletario y capitalista ante el imperialismo". No hay alusión ninguna, de las que antes eran obligadas, al "social fascismo" o social imperialismo" de la URSS, que podría o no estar incluida en la alusión al imperialismo. Pero el no citarla por su nombre, como era lo corriente, y como hacían habitualmente "los cuatro" (y, desde luego, Mao, y, desde luego, también todos los demás), puede entenderse como un signo. A menos de que sea simplemente un signo de la prudencia del alcalde de Pekín, que no quiere comprometerse en algo que puede pertenecer ya al "viejo régimen".

Se ha dicho en estas páginas que toda información procedente de China debe estar sujeta a las más rigurosas sospechas. Puede decirse también que toda aplicación de un sistema de análisis que proceda de lo que nosotros entendamos por lógica está expuesto a los más grandes errores. Hay que añadir a la situación en China una enorme cantidad de elementos pasionales y, desde luego, de elementos personales. Prácticamente, lo que se puede decir con más rigor es que en China ha sucedido algo trascendental con la muerte de Mao, más trascendental probablemente que lo que sucedió en la URSS a la muerte de Stalin, pero que los signos son todavía demasiado confusos como para extraer de ellos consecuencias muy válidas. Apenas intuiciones, que habrá que esperar tiempo a que se confirmen. ■